

El problema del mal: una lectura desde la teodicea de Leibniz

Sougleman Kolani

Estudiante de teología – Universidad Pontificia Comillas
E-mail: 201909609@alu.comillas.edu

Recibido: 24 de marzo de 2021

Aceptado: 3 de junio de 2021

RESUMEN: El presente ensayo tiene como objetivo presentar la distinción entre los tipos de mal en el pensamiento del filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716). La reflexión sobre el mal está presente en *Teodicea*, una especie de ciencia, doctrina de la justicia de Dios, es decir, tanto de su sabiduría como de su bondad. El mal se divide en tres dimensiones: metafísica, física y moral. Según Leibniz, el mal metafísico es la fuente y el origen del que derivan todos los otros males. Según él, en realidad, el mal no es un obstáculo para la bondad de Dios. Leibniz argumenta que Dios permite el mal en función del libre arbitrio.

PALABRAS CLAVES: Bondad; Dios; hombre; libertad; Leibniz; mal.

The problem of evil: A reading from Leibniz's theodicy

ABSTRACT: The present essay aims to present the distinction between the types of evil in the thought of the philosopher Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716). The reflection on evil is present in *Theodicy*, a kind of science, a doctrine of God's justice, that is, of both his wisdom and his goodness. Evil is divided into three dimensions: metaphysical, physical, and moral. According to Leibniz, metaphysical evil is the source and origin from which all other evils derive. According to him evil is not an obstacle to God's goodness. Leibniz argues that God permits evil as a function of the free will.

KEYWORDS: Goodness; God; man; freedom; Leibniz; evil.

1. Introducción

Todos los seres humanos, independientemente de su condición socioeconómica y cultural, se preguntan por la cuestión del mal, tal como se manifiesta en el mundo, bajo diversas formas. A la pregunta sobre su naturaleza, respondemos que el mal es legión, es decir, múltiple. Todo aquello que repugnamos y que, de una manera u otra, nos afecta negativamente es considerado como malo. Si tomamos en cuenta nuestros juicios y nuestra manera de pensar, podríamos decir que el ser humano, en su deseo de gozar de una plenitud de vida en su existencia, todavía no ha encontrado la razón de ser de todos estos fenómenos que padecemos en el universo, que cambian nuestra vida y nuestra percepción de la realidad.

A lo largo de la historia, la presencia del mal ha planteado muchos problemas filosóficos y teológicos respecto de su propia existencia y en cuanto a su identidad o al propio concepto. En el pensamiento de raíces judeocristianas, el mal se relacionaba con el mito de la caída de Adán y Eva e históricamente se ha vinculado también a la relación del ser humano con Dios y a la actuación de Dios como creador del universo. Desde Agustín de Hipona se había extendido la idea

de que el mal carecía de entidad ya que era la privación del bien y, por tanto, no tenía causa eficiente. El mal procedía de la propia naturaleza de lo creado, porque las criaturas son limitadas. El obispo de Hipona tenía la convicción de que, Dios omnipotente, siendo sumamente bueno, no permitiría en modo alguno que existiese algún mal en sus criaturas¹.

Según la escolástica, Dios podía haber creado un mundo mejor del que creó. Tomás de Aquino da tres razones por las cuales ha de existir el mal: la primera es que la perfección del todo exige que haya cosas que padezcan esa privación de bien, constitutiva del mal; la segunda, el bien de algo no puede llegar a término sin el mal de otra cosa; y la tercera, el mal hace resplandecer al bien, que será más recomendable y deseado en virtud, precisamente, del mal.

En la Filosofía Moderna, parece evidente que el tratamiento del problema admite un gran escenario de la ruptura con el Siglo de las Luces. La reflexión sobre el origen del mal encuentra dificultades al considerar dos aparentes incompatibilidades: entre la libertad del hombre y la naturaleza divina, por un lado; la bondad de Dios y la

¹ F. CLEMENTE, *Los filósofos medievales*, BAC, Madrid 1979, 445-446.

existencia del mal, por el otro. Así destaca sin ambigüedad Leibniz:

“Podemos distinguir dos dificultades: unas nacen de la libertad del hombre, que parece incompatible con la naturaleza divina y, sin embargo, la libertad se juzga necesaria para que el hombre pueda ser juzgado culpable y castigable; las otras corresponden a la conducta de Dios y parece que le hacen tomar demasiada parte en la existencia del mal, a pesar de que el hombre sea libre y participe también en ello”².

El postulado sobre el que Leibniz funda su pensamiento es el de la *armonía general*; una armonía pre-establecida desde la eternidad por un Ser de inteligencia y bondad infinitas³.

Así las cosas, Leibniz considera que Dios eligió el mejor mundo posible porque, si no hubiera elegido lo mejor, no habría producido ninguno, puesto que Dios actúa siempre conforme a la razón suprema. El intento de derivar todo ser de Dios obliga a buscar el mal en la naturaleza ideal de los seres humanos. Como las criaturas son limitadas esencialmente, es preci-

so considerar que existe una imperfección original en ellas antes del pecado, de donde se deduce que no pueden conocerlo todo y que pueden equivocarse y pecar.

En la historia de la filosofía occidental, el mal se ha analizado desde tres dimensiones distintas: el mal metafísico, el físico y el moral. Así también afirma Leibniz cuando dice que el mal se puede considerar metafísica, física y moralmente. Ninguno de estos males, según sostiene Leibniz, es querido por Dios, aunque los puede tolerar por varias razones. Dios es bueno y es *causa material* del mal que consiste en lo positivo, pero no *causa formal* de este.

Teodicea es un neologismo creado por Leibniz, que procede de la unión de dos términos griegos, θεός y δίκη, que significan *Dios* y *Justicia* respectivamente⁴. Más tarde, Immanuel Kant, compartiendo esta idea, define la *Teodicea* como una defensa de la sabiduría suprema del creador del mundo frente a la acusación que la razón presenta contra ella. La cuestión central es: ¿tiene el mal carácter ontológico o por el contrario se limitaría simplemente a ser una carencia de bien? Es más, ¿cómo abordar el problema del mal en un mundo sufrido? En este ensayo, trataremos

² W. G. LEIBNIZ, *Ensayos de Teodicea. Sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*, vol. 10, Comares, Granada 2012, 95.

³ *Ibid.*, 131-132.

⁴ *Ibid.*, XIII.

fundamentalmente de presentar la concepción del mal según Leibniz, subrayando la originalidad que este pone de relieve. Así, presentaremos con distinción los tres tipos de mal que desarrolla en su obra.

2. El mal metafísico

Las criaturas, las cosas creadas, son formas de ser subordinadas a la forma absoluta del ser de Dios. Algunas tienen mayor cantidad de ser que otras, por lo tanto, podemos pensar que las que tienen menos son alguna forma de mal. Pero eso solo sucede porque tomamos como criterio del mal y del bien nuestro propio interés. En realidad, algo es bueno cuando lo consideramos útil o conveniente para nosotros. Y malo si no creemos que nos convenga.

El mal metafísico se refiere tradicionalmente a la finitud y la contingencia humana, a la imperfección y falta de ordenación de todo lo que existe. Resalta el descontento e insatisfacción con la realidad humana, con la experiencia histórica y con el mundo en que vivimos. Conciérne sobre todo a la provisionalidad y fugacidad de los seres, un problema tanto lógico como existencial y que se concreta en la muerte, símbolo por antonomasia del mal físico.

Así las cosas, el mal metafísico es el principal mal y la causa de la existencia de los otros dos. Su origen como limitación o privación en la criatura corresponde a una línea de pensamiento cristiano que se encuentra en San Agustín, Santo Tomás y Descartes, principalmente. En efecto, tomando distancia de los Maniqueos, San Agustín sostiene que el mal no tiene dignidad ontológica. Es decir, nada de lo que existe en el mundo, incluso la acción humana mala, es realmente un mal positivo. Así pues, desde el punto de vista ontológico, el mal no tiene naturaleza propia, sino bien que nace en relación con el bien; en términos agustinianos: “No existe, en efecto, la naturaleza del mal; la pérdida del bien recibió el nombre del mal”⁵. Por lo tanto, todo lo que llamamos mal es en realidad una privación del bien. Es importante subrayar que, según Agustín, el mal metafísico o de imperfección consiste en que las criaturas son imperfectas, puesto que han sido extraídas de la nada, son creadas por Dios, y de hecho imperfectas.

Asimismo, el mal metafísico tiene, para Leibniz, una importancia fundamental sobre el mal moral y el mal físico y consiste generalmente en la imperfección de las

⁵ S. AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, BAC, Madrid 2019, 700.

cosas, incluso de aquellas que no son inteligentes. El mal metafísico es el origen imperfecto, lo que impide que nos asemejemos a Dios: porque Dios no podía darle todo, sin hacer de ella un Dios. Entonces, hay una imperfección original en la criatura antes del pecado, ya que la criatura es limitada esencialmente, y de allí sigue que no puede saberlo todo y, consecuentemente, puede equivocarse y cometer otras faltas⁶.

Por lo tanto, el hombre no es un fin en sí, sino un medio para el esquema armonioso global y, consecuentemente, la felicidad humana no es objetivo del creador. Se puede resaltar que el mal metafísico consiste en la limitación e imperfección de las cosas creadas por Dios. La perfección es una realidad absoluta mientras que el defecto es privativo, proviene de la limitación y tiende a privaciones nuevas.

3. El mal físico

El mal físico plantea también un problema teórico y, al mismo tiempo, lo supera para entrar en el ámbito existencial: se presenta como dolor y sufrimiento, tanto de los animales como, sobre todo, del hombre. El sufrimiento inherente

a la vida humana es aquí el problema radical, objeto de la reflexión filosófica, pero, sobre todo, vivencia existencial omnipresente. Abruma la cantidad de sufrimiento acumulado en la historia, en la que se unen las catástrofes naturales, las enfermedades y el dolor causado por el hombre. Parece como si la misma evolución natural y el progreso no pudieran darse sin una buena dosis de sufrimiento. Esta perspectiva ha sido recogida por muchos que pretenden justificar la necesidad e inevitabilidad del sufrimiento. Pero siempre se ha suscitado el rechazo contra esta perspectiva globalizante y estoica, viendo en ella una estrategia reduccionista para neutralizar el mal, al funcionalizarlo.

La compasión, que no es lo mismo que lástima, es una reacción humana ante el dolor y un exponente de rechazo y de la no aceptación del mal físico. El sufrimiento es, por una parte, una fuente de las utopías humanas y, por otro lado, su antítesis más radical. Si la muerte es símbolo del sufrimiento y manifestación de la debilidad de la vida, también es la instancia que arroja sombras sobre los acontecimientos de la experiencia. El desgaste progresivo, corporal y espiritual, así como la precariedad y vulnerabilidad de la salud, constituyen dimen-

⁶ W. G. LEIBNIZ, *Ensayos de Teodicea*, 109.

siones fundamentales de la vida humana que nos recuerdan que nos acercamos progresivamente a la muerte. De esta forma, el sufrimiento es parte consustancial de la vida, sea cual sea el agente que lo genere. Ambos, el mal metafísico y físico, la finitud y contingencia de los seres mortales y el sufrimiento, se presentan frecuentemente unidos.

Así pues, como definido, los dolores, las enfermedades, los sufrimientos, las miserias, los males del espíritu y la muerte son males físicos. Hay que subrayar que, según Leibniz, la cuestión del mal físico tiene dificultades comunes con la del origen del mal metafísico. Desde la fe, podríamos sostener que los males físicos son consecuencia del pecado original, es decir, consecuencia del mal moral.

Leibniz, que dedica poco espacio al mal físico, lo define como lo que desagrada, contrapuesto al bien físico (el dolor, el sufrimiento, la incomodidad, etc.). Sus adversarios, Bayle entre otros, le critican que coopera con el mal físico, ya que podría haber hecho una creación mejor en la que hubiese menos sufrimiento. La respuesta de Leibniz es bastante clara y profunda:

“(…), y no quiere de una manera absoluta el mal físico o los sufrimientos; y es por esto por lo que

no existe predestinación absoluta a la condenación; y puede decirse del mal físico, que Dios lo quiere muchas veces como una pena debida por la culpa y con frecuencia también como un medio adecuado a un fin, es decir, para impedir males mayores o para obtener los mayores bienes. (...), y el mal sirve muchas veces para gozar más el bien, y algunas veces contribuye, además, a la consecución de una mayor perfección de quien lo sufre”⁷.

Es importante subrayar que Leibniz llega a una conclusión, según la cual, Dios quiere todo el bien en sí antecedentemente, quiere lo mejor consecuentemente como un fin, y quiere también lo indiferente y el mal físico algunas veces como medio.

Así pues, lo que podemos retener fundamentalmente de Leibniz es que el mal físico consiste en las enfermedades, los dolores, las injusticias y la muerte. Estos tienen sentido, como castigo o como corrección. Aquí, como lo hemos visto, Leibniz hace observar claramente que Dios no quiere de una manera absoluta (sino que de una cierta manera) el mal físico o los sufrimientos; por eso no existe predestinación absoluta a la condenación, y puede decirse del mal

⁷ *Ibid.*, 111.

físico que Dios lo quiere muchas veces como una pena debida a la culpa y como un medio adecuado a un fin.

4. El mal moral

El problema del mal moral se pone en conexión con la libertad y con la responsabilidad del hombre. En efecto, el mal es el resultado de las acciones humanas, la injusticia y la opresión. Surge así el problema de la maldad como atributo humano y, a veces, también divino. Y con él, la conciencia del pecado y de la culpa y el ansia de justicia y de perdón como contrapartida. El mal moral está en relación directa con el problema del sentido de la vida y tiene consecuencias inmediatas para la ética, la religión y la filosofía de la historia⁸.

Agustín interpreta el mal moral como pecado. Desde la fe, el mal moral no puede ser considerado como defecto de la razón o una consecuencia del mal uso de la misma, sino más bien de un resultado de nuestra voluntad malvada. Es la desviación de nuestra voluntad, originalmente orientada hacia el bien, que nos conduce ha-

cia el mal. Agustín considera este mal como *pecado original*.

Los presupuestos del mal moral parten de que al ser Dios omnipotente puede prever las acciones e impedir las; sin embargo, las permite. Para resolver este problema, Leibniz describe la predeterminación interna de la libertad y desde allí establece la conducta que se deja llevar o por las motivaciones afectivas o por las ideas claras y distintas. Una conducta según la razón es la que corresponde a la libertad, mientras que el comportamiento afectivo y desorganizado tiene como consecuencia al mal moral. Parece centrar la cuestión del pecado original, motivo de la corrupción del hombre. Nos podríamos preguntar si es Dios quien permite el mal moral. A esta pregunta responde Leibniz: "(...) únicamente quiere (Dios) permitir el mal moral a título de *sine qua non* o de necesidad hipotética, y que lo une con lo mejor"⁹. Al fin y al cabo, es necesario que el mal sea posible, pero es contingente que sea actual. La perfecta armonía del universo termina paradójicamente haciendo hablar a Leibniz sobre la posibilidad de considerar el mal como bien:

"Así pues, al perderse casi en la nada la parte del universo que

⁸ H. MICHEL, *La fenomenología radical, la cuestión de Dios y el problema del mal*, Encuentro, Madrid 2013, 19.

⁹ W. G. LEIBNIZ, *Ensayos de Teodicea*, 112.

conocemos en comparación con lo que nos es desconocido, y que sin embargo tenemos motivos para admitir, y al estar en este casi-nada todos los males que se nos pueden reprochar, es posible que todos los males no sean más que un casi-nada en comparación con los bienes que hay en el universo”¹⁰.

Leibniz observa bien que Dios no quiere en absoluto el mal moral. Está claro que, para él, el mal moral consiste en los pecados y crímenes de los hombres. El mal es solo carencia de bien, por lo que predomina el bien y la victoria final será de bien. Sin embargo, Dios permite el pecado – el mal moral – en tanto que no se opone a la regla de lo mejor. Solo quiere el mal moral como condición *sine qua non*, es decir, como necesidad hipotética. Dios es la causa de lo material del mal, que consiste en lo positivo, pero no de lo formal, que consiste en la privación.

Con respecto al pecado o al mal moral, por mucho que ocurra varias veces y bajo distintas formas, no es esto lo que le convierte en objeto suficiente de la voluntad divina, o en un objeto legítimo de una voluntad creada. Asimismo, Leibniz subraya que la regla que dice que *no hay que hacer el mal para*

que se produzca el bien, y que incluso prohíbe la permisión de un mal moral para obtener un bien físico, lejos de ser violada, se confirma y se muestra su origen y su sentido. A partir aquí Leibniz ve la necesidad, como lo hemos mostrado más arriba, de concluir que Dios quiere todo el bien en sí *antecedentemente*, lo mejor *consecuentemente* como un fin, lo indiferente y el mal físico algunas veces como un *medio*; pero que únicamente quiere permitir el mal moral a título de *sine qua non* o de necesidad hipotética, y que lo une con lo mejor. Esto es así porque, afirma a continuación, la *voluntad consecuente* de Dios, que tiene el pecado por objeto, únicamente es *permissiva*. Es bueno considerar también que el mal moral es un mal tan grande únicamente porque es una fuente de males físicos y porque se encuentra en una de las criaturas más poderosas y capaces de hacerlo.

5. A modo de conclusión

En este ensayo hemos tratado de presentar la concepción del mal según Leibniz, poniendo de relieve la originalidad de su postura en el triple desarrollo y distinción del mal: metafísico, físico y moral. En efecto, lo que es propio de Leibniz es justificar este mundo como el mejor de los mundos partiendo de

¹⁰ *Ibid.*, 109.

los mundos posibles que había en el entendimiento de Dios, de los cuales Dios escoge el mejor. Así pues, buscando una justificación considera la existencia de tres tipos de males: el *mal metafísico* que consiste en la simple imperfección, el *mal físico* en el sufrimiento y el *mal moral* en el pecado.

El pensamiento de Leibniz sigue a la tradición medieval en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, el mal puede considerarse en sí mismo como una privación (privación del bien); en consecuencia, no tiene una causa eficiente, sino más bien deficiente.

En segundo lugar, hemos de reconocer que Dios no quiere de ningún modo el mal moral, sino que solamente lo permite como una gran consecuencia de su tendencia general al bien; el mal físico, en cambio, es querido por Dios hipotéticamente, es decir, como medio para impedir mayores males o para obtener mayores bienes.

Al mal físico y al mal moral, se agrega una tercera especie, el mal metafísico, sinónimo de imperfección. Dios no podría haberle dado todo a la criatura; no puede existir un Dios fuera de Dios mismo. Así pues, la ha creado finita y en esa finitud radica la posibilidad del error y del mal. El origen último del mal tiene, por lo tanto, un ca-

rácter metafísico. Asimismo, no es de extrañar ver a Leibniz afirmar que los males metafísicos y físicos, como las imperfecciones en las cosas y los males de pena en las personas, algunas veces llegan a ser bienes subsidiarios, como medios para bienes mayores.

De lo que precede, surge una cuestión importante: ¿cómo exculpar a Dios de la responsabilidad del mal?, pues ha sido Él quien creó el mundo dando existencia a cosas limitadas e imperfectas. Leibniz intenta dar una respuesta convincente a esta objeción. Así pues, recuerda que la existencia es mejor que la no existencia y distingue dos momentos en la voluntad divina: *antecedentemente*, Dios quiso simplemente el bien, la imperfección de la criatura no depende de su elección sino de la esencia ideal de la misma; luego, *consiguientemente*, dada la decisión de crear, quiere lo mejor posible. Si Dios hubiera escogido lo que no fuera mejor absolutamente y en conjunto, resultaría un mal mayor que todos los males particulares que pudiesen impedirse por este medio; así, resultaría negada la sabiduría o la bondad divina.

La voluntad consiste en la inclinación a hacer una cosa en proporción al bien que se encierra. Dios tiende a todo bien en tanto que bien, o sea, tiene voluntad ante-

cedente. Pero esta voluntad, que lo inclina a santificar y salvar a todos los hombres, a excluir el pecado y a impedir la condenación, es eficaz, llega al último esfuerzo gracias a la voluntad consecuente, porque respecto de ella jamás deja de hacerse lo que se quiere, cuando se puede.

Si conociéramos la ciudad de Dios, sabríamos que es el Estado más perfecto que puede imaginarse; que la virtud y la felicidad reinan en ella hasta donde es posible, conforme a las leyes de lo mejor; que el pecado y la desgracia no son allí casi nada en comparación con el bien y que incluso sirven a los mayores bienes. Pero puesto que ha permitido el vacío, es preciso que el orden del universo que ha encontrado preferible lo exija así, que no es posible hacerlo mejor. La permisión del mal procede de una especie de necesidad moral: Dios está obligado a ello por su sabiduría y por su bondad.

Frente a la objeción de Pierre Bayle, que considera que el ser humano es malo y desgraciado, que por todas las partes hay prisiones y hospitales, que la historia no es más que una colección de crímenes e infortunios del género hu-

mano, Leibniz sostiene que lo mismo que hay incomparablemente más bien que mal en la vida de las personas, y que hay incomparablemente más cosas que prisiones, es un defecto de los historiadores interesarse más por el mal que por el bien. Por último, conforme hemos presentado en este ensayo, con su *Teodicea*, Leibniz intenta superar la lógica de la *felix culpa* que considera que Dios permite el pecado de Adán en la prosecución de un bien mayor. Así pues, Leibniz plantea una imperfección inherente a lo creado como el origen de todo mal, sin que Dios sea el culpable de ello.

Una buena comprensión del pensamiento de Leibniz sobre el problema del mal nos puede servir de gran ayuda en estos días en que hemos vivido y seguimos haciendo experiencia de la enfermedad y de la muerte, consecuencias de la pandemia de la Covid-19. La *Teodicea* de Leibniz puede ayudar a vivir con paz y serenidad, a pesar de todas las preguntas que seguimos planteando, en medio de este fenómeno mundial que ha causado un daño irreparable y, sobre todo, corregir nuestra imagen de Dios como responsable de todos estos males que acontecen en el mundo. ■